

EFEMÉRIDES DESTACADA

13 de febrero – Día Mundial de la Radio



No es una fecha elegida al azar. Ese día, en 1946, nació la radio de las Naciones Unidas, en un contexto histórico marcado por la necesidad urgente de reconstruir el diálogo entre los pueblos luego de la devastación de la guerra.

La elección de esta fecha como Día Mundial de la Radio —proclamada por la UNESCO en el año 2011 y adoptada por la Asamblea General en 2012— encierra un profundo significado: reconocerla no solo como tecnología, sino como

instrumento de humanidad.

La radio surge como puente. Un puente invisible, pero real, que atraviesa distancias geográficas, culturales y sociales. La palabra que une distancias. Desde su origen, no fue simplemente un avance técnico, sino una extensión de la voz humana, una forma de presencia en la ausencia.

En Argentina, esta dimensión adquiere un carácter fundacional a partir de un gesto casi mítico: el de los llamados “locos de la azotea”.



El 27 de agosto de 1920, desde la terraza del Teatro Coliseo, cuatro jóvenes, estudiantes de medicina— Enrique Susini, César Guerrico, Luis Romero Carranza y Miguel Mujica— realizaron la primera transmisión radiofónica programada. Aquella noche, la ópera Parsifal de Wagner atravesó el aire y llegó a receptores

dispersos, inaugurando una nueva forma de comunicación.

No fue un acto empresarial ni institucional: fue un acto de visión. Allí donde otros veían un experimento técnico, ellos vieron la posibilidad de democratizar la cultura, de llevar la palabra y el arte más allá de los límites físicos. Ese gesto inaugural contiene, en sí mismo, la esencia ética de la radio: comunicar no como negocio, sino como servicio.

Aquellos jóvenes no solo colgaron una antena; tendieron un puente invisible de fraternidad.



La radio trasciende la mera transmisión de datos para convertirse en el refugio de la **oralidad primaria**. En un mundo dominado por la "modernidad líquida", donde la información es instantánea pero efímera, frente a la automatización de la inteligencia artificial y los sesgos algorítmicos, la radio conserva la **presencia del otro** a través de la voz. A

diferencia del texto digital o el algoritmo de las redes sociales —que a menudo se alimentan del conflicto rápido—, la radio exige una **pausa reflexiva** y entrena la "musculatura de la atención".

Mientras las redes sociales fomentan la reacción rápida, la voz humana aporta matiz, tono y presencia. Acompaña con la voz marcando una presencia. En el mundo y poblaciones rurales, en las rutas, en la soledad de un cuarto, la radio es la "verdad territorial" y el único vínculo humano que valida la existencia de quien escucha en soledad.

A diferencia de la televisión o las plataformas digitales, la radio carece de imagen. Y es precisamente en esa ausencia donde reside su potencia. Obliga a centrar toda la experiencia en la palabra hablada. No hay artificios visuales que sostengan el mensaje. Solo la voz, con su tono, su ritmo, su intención. Al carecer de distracciones estéticas, la voz se convierte en un espejo del alma donde se filtran la duda, la certeza y la emoción. No es solo un medio de información; es un ejercicio de presencia real en un mundo fragmentado por algoritmos.

Esto introduce un elemento escaso en la comunicación actual: la presencia. En la radio hay alguien del otro lado que piensa, siente y habla en el momento. No todo está editado ni calculado. Existe margen para el matiz, la duda, la rectificación. Esa imprevisibilidad humana genera una experiencia de autenticidad difícil de replicar en otros medios.

Celebrar la radio es, en última instancia, reflexionar sobre nuestra propia capacidad de construir a través del habla. Nos recuerda que lo decisivo no es la sofisticación de la herramienta, sino la intención del mensaje. Una voz que atraviesa el espacio sigue siendo la forma más pura de compañía, demostrando que la comunicación solo se realiza plenamente cuando la palabra se convierte en verdad.

Lejos de quedar obsoleta, recupera su valor singular. Hoy no se limita al aparato tradicional: se expande en formatos digitales, streaming y podcasts. Sin embargo, su esencia permanece intacta: la voz humana en tiempo real, no completamente subordinada a la lógica algorítmica.

Uniando el mundo

La radio es, quizás, la forma más noble y democrática de tecnología que hemos creado. Su característica fundamental es su accesibilidad.



Su grandeza no reside en la complejidad, sino en su asombrosa humildad: no exige pantallas de última generación, ni conexiones de fibra óptica, ni costosas suscripciones. Solo requiere un receptor y la voluntad de escuchar.

Es el medio inclusivo por excelencia porque no distingue clases ni geografías. Llega allí donde el algoritmo se detiene y donde la luz de internet no alcanza. En la profundidad del campo o en la soledad de una ruta nocturna,

la radio deja de ser un aparato para convertirse en compañía, rompiendo el aislamiento. Esa voz que llega desde lejos no es solo contenida: es vínculo humano, es presencia en la soledad. Acompaña sin invadir, informa sin exigir atención exclusiva. Es la voz humana recordándonos que no estamos solos, transformando el silencio en un vínculo y el aire en un espacio de encuentro gratuito y universal.

En un mundo que levanta muros digitales, la radio sigue siendo ese puente invisible que nos une a través de lo más esencial que poseemos: la palabra que acompaña y la verdad que nos conecta.